Antón Costas
Presidente del Consejo Económico y Social de España

Tiempos nuevos más favorables para la agricultura familiar

La agricultura y la ganadería familiar se verán beneficiadas en los próximos años y décadas por el giro que han dado tanto los consumidores como los productores hacia las tendencias que impulsan las políticas económicas y comerciales en este inicio de la tercera década del siglo XXI. Dos orientaciones son ahora dominantes en la gestión de la economía nacional-europea. Una, que viene de atrás, es la de la "sostenibilidad" medioambiental de la actividad económica. La otra, en este caso nueva, es la de la "autonomía estratégica" de los territorios y países en la producción de bienes y servicios estratégicos.

La búsqueda de una combinación equilibrada de ambas orientaciones beneficiará, a mi juicio, el fomento y el desarrollo de la empresa agropecuaria de tipo familiar. También se verá beneficiada la formación e implementación de políticas agropecuarias. En el pasado, la elaboración de este tipo de políticas ha tenido un aire tecnocrático, de arriba abajo, *Top-Down*, con poca participación de los agricultores y ganaderos. Por las razones que ahora diré, es muy probable que en el futuro la formación y el diseño de políticas sea de abajo a arriba, *Down-Top*, con mayor participación de agricultores y ganaderos. Permítanme desarrollar con un poco más detalle esta argumentación.

La crisis de la Covid-19, con su afectación a las cadenas globales de suministro, y la invasión rusa de Ucrania, con su impacto en los precios y en la garantía de suministro, han contribuido a cambiar radicalmente la visión y la orientación de las políticas comerciales y económicas de los países europeos. Atrás queda la visión hiperglobalizadora y desindustrializadora que dominó la política económica y comercial en las cuatro últimas décadas. Esta era neoliberal estuvo caracterizada por una fe casi religiosa en los mercados libres de toda regulación. Después de una etapa de rendimientos decrecientes en términos de crecimiento y de aumento profundo de la desigualdad, la era neoliberal ha llegado a su agotamiento.

La visión de la economía que estaba detrás de la etapa neoliberal impactó de forma profunda en las actividades agrarias y ganaderas de los países europeos. La razón fue que esa visión estaba focalizada en maximizar la utilidad de los consumidores y no en la producción y el empleo. La hiperglobalización y la confianza ciega en los mercados libres servía a esa visión. El objetivo era que los consumidores pudieran tener a

su disposición el mayor número de bienes y a los precios más bajos posibles. El lugar donde se producían esos bienes era indiferente. Esta visión del objetivo de la economía, y las políticas que le acompañaron, dejaron de lado el hecho de que el bienestar de los ciudadanos puede estar más relacionado con el empleo y la producción que con el consumo de bienes baratos.

Un contexto de este tipo necesariamente tenía que perjudicar la producción nacional y el interés por el sector productivo, a pesar de los esfuerzos normativos europeos y españoles por proteger la producción interna, incluida la producción agraria y pecuaria.

El desinterés sostenido por parte de las administraciones públicas y del mercado ha causado la pérdida de visibilidad y de importancia estratégica del sector agrario, tanto en el ámbito político como en la sociedad.

El giro de la economía hace que la producción y el empleo favorezcan la cohesión territorial y la diversificación de ingresos en el medio rural. El arraigo al territorio y la fidelidad a unos valores de la empresa familiar son garantía de sostenibilidad del mundo rural. El arraigo al territorio de la empresa familiar agraria es una garantía de preservación del patrimonio cultural y agroecológico. Una demografía a la baja favorece el logro de la escala en la dimensión de la empresa familiar agraria

Una nueva fisiocracia agraria

Ese contexto ha cambiado en los inicios de esta década y la actividad agraria y ganadera ha vuelto a ocupar un lugar destacado en los debates de desarrollo rural. La reivindicación de la modernidad en el campo ha incrementado su visibilidad y ha roto viejos tópicos, subrayando que la tipología familiar no es sinónimo de actividad de subsistencia.

Una nueva fisiocracia agraria, recordando la primera escuela de economía, reivindica el papel central de la agricultura en la generación de riqueza nacional. Fisiocracia. Doctrina económica que surgió en Francia en el siglo XVIII, cuyo jefe de la escuela fue François Quesnay y Jacques Turgot, que sostenía que la riqueza de un país proviene en primera instancia de la agricultura y la explotación de los recursos naturales.

El giro de la economía hace que la producción y el empleo favorezcan la cohesión territorial y la diversificación de ingresos en el medio rural. El arraigo al territorio y la fidelidad a unos valores de la empresa familiar son garantía de sostenibilidad del mundo rural. El arraigo al territorio de la empresa familiar agraria es una garantía de preservación del patrimonio cultural y agroecológico. Una demografía a la baja favorece el logro de la escala en la dimensión de la empresa familiar agraria.

El Consejo Económico y Social de España, que tengo el honor de presidir, siempre ha estado comprometido con los problemas y el fomento y desarrollo económico del mundo rural y de las actividades económicas que se asientan sobre él. Dos informes recientes dan muestra de este interés. El primero fue el Informe CES 1/2012 sobre "El medio rural y su vertebración social y territorial", en el que se repasaron las novedades, en aquel momento, en las políticas de desarrollo rural, sobre todo la nueva Política Agrícola Común (PAC).

Posteriormente, el Informe CES 02/2021 sobre "Un medio rural vivo y sostenible" tenía el objetivo de actualizar el Informe de 2012 y de dar cuenta de los primeros efectos ocasionados por la irrupción de la pandemia de Covid-19. Pero pronto los contenidos del Informe desbordaron ese objetivo inicial para pasar a afrontar el análisis del cambio más profundo que estaba experimentando el sector agrario. En dos sentidos. Por un lado, la puesta en marcha, por fin, de una política integral ante el reto demográfico. Por otro, la fusión de esta política con el nuevo gran instrumento de política a escala europea (Next Generation EU) para la reconstrucción después de la pandémica. En concreto, con su plasmación española (Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia), que articulan las políticas estructurales a medio plazo a partir de un primer impulso para la recuperación del sector, y en el que, precisamente, se promueve un cambio radical de perspectiva, con la consideración del medio rural como una de las claves para una reconstrucción económica, sectorial y social más equilibrada y resiliente

En ese Informe, el CES hizo ya una defensa cerrada del modelo de la agricultura y ganadería familiar. A tal fin, en sus propuestas de acción hizo hincapié en la necesidad de fomentar el emprendimiento y de la actividad empresarial familiar, en el desarrollo tecnológico e innovación del sector, en la digitalización de la actividad productiva y de las empresas, en la dotación de infraestructuras de

A partir de ahora se trata de lograr un equilibrio dinámico entre dos grandes objetivos igualmente deseables, pero en conflicto: por un lado, la búsqueda de la sostenibilidad climática del mundo rural y, por otro, el mantenimiento de las condiciones de producción y de vida del mundo agrario y ganadero

telecomunicaciones y de transportes, en la conectividad, movilidad y dotación de servicios, en el impulso a la transición ecológica en el medio rural y en las actividades del sector primario; en el ciclo integral del agua en la transición ecológica; en el fomento del empleo en las áreas rurales; en el bienestar social y la economía de los cuidados en el mundo rural; y, en la promoción de la cultura.

Sostenibilidad medioambiental y autonomía estratégica

Permítanme una reflexión final sobre el contexto en que, a partir de ahora, se van a mover los dos objetivos fundamentales de la política agraria europea: la sostenibilidad medioambiental, por un lado, y la autonomía estratégica agraria, por otro.

Con anterioridad a la crisis de la Covid-19 y a la guerra en Ucrania, el objetivo prioritario de la política europea era avanzar rápidamente hacia la descarbonización de las actividades económicas, incluida la agraria. Coherente con esa prioridad, y con la Agenda 2030, la Comisión Europea presentó en diciembre de 2019 el Pacto Verde Europeo o *European Green Deal*, una estrategia agresiva para alcanzar la neutralidad climática de la Unión Europea en 2050.

Esa estrategia priorizaba el avance de forma agresiva hacia el objetivo de la sostenibilidad, relegando los costes que esa estrategia iba a tener sobre los medios de producción y de vida de las explotaciones agrarias europeas. Era una estrategia que hacía soportar al sector agrario una carga mayor que otros sectores de la economía, más contaminantes, en la reducción de emisión de gases contaminantes.

Pero, aunque este Pacto Verde obtuvo un apoyo ampliamente mayoritario en el Parlamento Europeo, su puesta en marcha se encontró con el rechazo mayoritario en las carreteras del mundo agrario de la UE. Era el producto de un tiempo pasado. Su puesta en marcha coincidió con el cambio de contexto geoeconómico y geopolítico que introdujo, primero, la crisis de la Covid-19 y, posteriormente, la guerra en Ucrania. Estos dos acontecimientos, a los que se ha venido a unir la nueva y agresiva política comercial de Donald Trump, han cambiado radicalmente el contexto en que se ha de mover a partir de ahora la política agraria europea.

A partir de ahora se trata de lograr un equilibrio dinámico entre dos grandes objetivos igualmente deseables, pero en conflicto: por un lado, la búsqueda de la sostenibilidad climática del mundo rural y, por otro, el mantenimiento de las condiciones de producción y de vida del mundo agrario y ganadero. Hemos entrado en un tipo de "economía agustiniana", por así decir.

Utilizo este término recordando el dilema al que se enfrentó San Agustín, en su, por muchos motivos, excelente libro *Confesiones*. En una de sus confesiones, San Agustín pide, "Señor, concédeme la castidad; pero no ahora mismo". Este es también el dilema de la política europea. La "castidad" es en este caso la sostenibilidad medioambiental, pero su logro tiene que acompasarse en el tiempo con el objetivo también prioritario de asegurar la autonomía estratégica agraria europea y el mantenimiento de los medios de vida de las actividades agrarias y ganaderas.

Este equilibrio entre objetivos deseables, pero en conflicto ("*Trade-off*") no es una cuestión tecnocrática que se pueda resolver desde un despacho en Bruselas o Madrid; solo se puede alcanzar a través del diálogo con los actores agrarios. Eso lo vio la presidenta Ursula Von der Leyen cuando, ante las protestas de los agricultores europeos, señaló que la Comisión Europea mantendría el rumbo del Pacto Verde, pero que abriría un diálogo con los agricultores para acompasar el ritmo de avance en la sostenibilidad a la necesidad de atender los intereses de los sectores agrarios. Pasamos, por tanto, de una estrategia de formación de política agraria de tipo tecnocrático, de arriba abajo, *Top-Down*, a una estrategia de formación de política agraria de tipo democrático, de abajo a arriba, *Down-Top*.

Este nuevo escenario de conflicto de objetivos en el que se va a mover a partir de ahora la política agraria europea favorece, en mi opinión, que la voz de la agricultura y ganadería de base familiar sea ahora más tenida en cuenta. A su favor juegan factores como que el arraigo en el territorio y la fidelidad a unos valores singulares de la empresa familiar agraria son una garantía de la sostenibilidad del mundo rural. Dicho en palabras del título del Informe del CES, la garantía de "un mundo rural vivo y sostenible". ■